

Marxismo y nacionalismo: una relación compleja.

Daniel Guerra Sesma

Universidad de Sevilla

Fecha de aceptación definitiva: 13 de junio de 2014

Resumen: El presente trabajo trata de matizar la consolidada afirmación de que Marx y Engels no tuvieron una teoría definida sobre el nacionalismo, provocando con ello una disparidad de consideraciones desde el campo marxista, en ocasiones incoherentes e incluso contradictorias. Si bien es cierto que desde la izquierda en general se ha tratado el tema desde planteamientos diversos y sin un patrón fijo, lo que el trabajo pone en cuestión es la necesidad de que el marxismo, como método analítico, determine un único criterio para intentar objetivar un fenómeno tan variado y casuístico. Para ello, se analiza el tratamiento de la cuestión por parte de ambos pensadores a lo largo de su obra, su consideración del Estado nacional como categoría histórica, y se repasa el desarrollo del marxismo posterior a través, dentro del marco de la Segunda Internacional, de aportaciones tales como las de Kautsky, Lenin, Rosa Luxemburgo, Stalin y los austromarxistas, entre otros.

Palabras clave: marxismo, nación, clase, internacionalismo, federalismo.

Abstract: The present work pretends clarify the consolidated assertion which says that Marx and Engels hadn't a theory about nationalism, causing the disparity of considerations from the Marxist field, sometimes incoherents and even contradictories. If is right that the left frequently have treated this issue from various points of view and without a fixed pattern, what this work puts on doubt is the need of Marxism, as an analytical method, determines just one judgment in order to try to objectify a phenomenon so varied and casuistical. Therefore, it's analyzed the treatment of the question from the two thinkers along their work, their consideration about the National state as an historical category, and we revise the development of the following Marxism across, inside the frame of the Second International, of contributions of Kautsky, Lenin, Rose Luxembourg, Stalin and the Austrianmarxism, amongst others.

Key words: Marxism, nation, class, internationalism, federalism.

La nación en Marx y Engels

Hay quien afirma que el marxismo no tuvo una teoría sobre la cuestión nacional. Haupt es rotundo: “no puede hablarse de una teoría definida, de una doctrina ya fijada del marxismo en el terreno nacional”¹. Mi tesis es que eso puede ser cierto sobre algunos marxistas, pero no sobre Marx y Engels. Ambos pensadores, quizá de manera sobrevenida, desarrollaron una doctrina sobre el hecho nacional que la mayoría de sus sucesores no siguieron. No se trató sólo de una teoría descriptiva, sino también prescriptiva.

En el *Manifiesto Comunista*, Marx describe un proceso simultáneo de internacionalización económica y centralización política, en el que las empresas nacionales se incorporan a trusts y cárteles y el Estado se erige en el “consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa”². Un contexto de economía internacional y política nacional.

Desde una concepción materialista, el Estado no va a aguantar el empuje de la internacionalización capitalista y su consecuencia más directa: la lucha de clases. Por ello la misión que se propone es organizar al proletariado, también a nivel internacional, para combatir los efectos de la alienación. Marx planifica entonces lo que Gellner llama una “metafísica social”, cuyo ámbito liberador abarca a todo el ser humano³. La lucha de clases se alza contra la explotación del hombre por el hombre, siendo por ello un principio humanista.

En este contexto, ¿qué es la nación para Marx? El fruto de una idealización burguesa más que del desarrollo de unas condiciones materiales dadas. Para el marxismo, son las condiciones económicas, y no las políticas o culturales, las que configuran las áreas regionales y nacionales del mundo. Cuando Marx asegura que el ámbito nacional es forma pero no contenido, está señalando la inmaterialidad del término. Su *Crítica a List* (1845) es un reproche al economista alemán por responder al capitalismo manchesteriano con medidas proteccionistas de ámbito nacional. Como señala Szporluck:

While Marx saw the necessity of workers uniting across nations against the bourgeoisie, List called for the unification of all segments of a nation against other nations [...] As we shall see, List considered free trade a cover-up for unequal relations among nations just as Marx thought political liberty was an ideological cover for class opresion⁴.

En coherencia con esta visión, los primeros partidos socialistas rechazaron el intervencionismo estatal y la armonización de clases a nivel nacional. La nación

¹ LÖWY, M. y HAUPT, G.: *Los marxistas y la cuestión nacional*, Barcelona, Fontamara, 1980, p. 11.

² MARX, K. y ENGELS, F.: *El manifiesto comunista*. Madrid, Ayuso, 1981, pp. 25-28.

³ GELLNER, E.: *Encuentros con el nacionalismo*. Alianza Universidad, Madrid, 1995, p 25.

⁴ SZPORLUCK, R.: *Communism and Nationalism: Karl Marx versus Friedrich List*. Nueva York, Oxford University, 1991, p. 4.

aparecía como un estorbo, un corsé, un “concepto incómodo” que definía el marco en el que la burguesía ejercía su dominio político. La única variable que debía considerar el movimiento socialista era la de la dialéctica clasista entre burguesía y proletariado extendida por todo el planeta. Había, pues, que “ensanchar la cancha” y llamar a la unión de los “proletarios de todo el mundo”. Nada de políticas estatales, nada de conciliación en el ámbito nacional: lucha de clases internacional. La nación del obrero, dirá Marx, es su propia clase, la fuente de la que debían partir sus únicas preocupaciones: “La nacionalidad del trabajador no es francesa, ni inglesa, ni alemana; es el trabajo, la libre esclavitud, la autoventa. Su gobierno no es francés, ni alemán, ni inglés, es el capital. Su aire nativo no es francés, ni alemán, ni inglés, es el aire de la fábrica”.⁵

Sin embargo, la realidad nacional persistió. Cuando Marx y Engels escribieron el Manifiesto en 1847, se encontraron por una parte con el desarrollo del Estado postnapoleónico, orgánico y racional, teorizado por Hegel; por otra, con el impulso nacionalista de las revoluciones liberales de 1820, 1830 y 1848, que lo ponían en cuestión. Se encontraron, pues, con una realidad nacional que se iba consolidando a lo largo del siglo XIX. No en vano Marx estudia los conceptos de Estado y de nación en la *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel* (1843) y, junto a Engels, en *La ideología alemana* (1845). En ellas, identifica la sociedad civil con la nacionalidad, definiéndola como todo el intercambio material de los individuos, en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas⁶. Abarca toda la vida comercial e industrial de una fase y, en este sentido, trasciende de los límites del Estado y de la nación, si bien, por otra parte, tiene necesariamente que hacerse valer al exterior como nacionalidad y, vista hacia el interior, como Estado.

Tal como afirma Gellner siguiendo a Sporzluck, la historia dará la razón a List y no a Marx, por cuanto “la vía nacional al capitalismo y al socialismo resultó no sólo viable sino obligatoria. Lo que era esencial es la vía nacional hacia el industrialismo. El capitalismo y el socialismo son variantes del mismo”⁷. Lo nacional, pues, no era sólo cuestión de forma, sino también de contenido. Por ello, al tiempo que proponían una acción internacionalista, Marx y Engels asumieron

⁵ La *Crítica a List* es un trabajo de Marx sobre el libro de Friedrich List *Das Nationale System der Politischen Ökonomie*, publicado también en MARX, K. y ENGELS, F.: *Collected Works*, vol. 4, p. 280. Citado en GUIBERNAU, M.: *Nationalisms: the nation-state and nationalism in the twentieth century*, Cambridge, Polity Press, 1996, pp. 24 y 172; también en ÁLVAREZ URÍA, F. y VARELA, J.: *Sociología, Capitalismo y Democracia*, Madrid, Ediciones Morata, 2004, p. 160, nota 23. En los primeros documentos internacionalistas y de los partidos socialistas como el PSOE se afirmaba que “la patria del obrero es el taller” (VILAR, P.: “Mouvement ouvrier espagnol et questions nationales: quelques reflexions preliminaires”, *Le mouvement social*, n.º 128, Institut Français d’Histoire Sociale, París, 1984).

⁶ MARX, K. y ENGELS, F.: *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel*, 1843, en www.archivochile.com/Marxismo/Marx%20y%20Engels/kmarx0006.pdf; MARX, K.: *La ideología alemana*, 1845-46, en Marxists Internet Archive, www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/Feuerbach/4.htm, 2001, p. 68.

⁷ GELLNER, E. *Encuentros...*, p. 30.

el Estado nacional como categoría histórica que se iba consolidando a lo largo del siglo XIX. Sin embargo, su concepto de nación no era etnicista sino materialista: no es una comunidad perenne caracterizada por unos rasgos supuestamente colectivos (lengua, cultura, religión, derecho o raza), sino el resultado de un proceso determinado por las relaciones de producción que se establecen a partir de las formas de propiedad (tribal, comunal-estatal y feudal) y que se han socializado hasta conformarla. Para superar el contexto nacional-estatal hay que transformar primero el sistema de propiedad que configura esas relaciones, y la desaparición del Estado nacional será la inevitable consecuencia. Pero en los prólogos de las ediciones posteriores del Manifiesto⁸, Marx y Engels admiten que la lucha de clases no se verifica y que el Estado sigue ahí. La nueva estrategia consistirá entonces en ver la manera en que el “concepto incómodo” perjudique lo menos posible al avance inexorable del socialismo.

En este sentido, Marx reconoce que “es lógico que el proletariado de cada país ajuste ante todo las cuentas con su propia burguesía” y que esta campaña tiene “un sentido nacional, aunque ese sentido no coincida ni mucho menos con el de la burguesía”⁹. Establece, pues, dos fases revolucionarias: la primera, política y nacional, que consiste en la posesión del Estado; la segunda, económica e internacional, que tiene como objeto la posesión de los medios de producción para su socialización. En realidad, Marx piensa en la revolución universal como un conjunto simultáneo de revoluciones nacionales, ya que la idea nacional ha penetrado en la conciencia de los obreros. Por lo tanto, sus recomendaciones serán más coyunturales, y pasarán por apoyar algunos movimientos nacionales de tradición liberal-democrática que favorezcan el camino final al socialismo. En esta fase contra los imperios de la Restauración, socialismo obrero y nacionalismo liberal podían complementarse, pues “los proletarios no combaten contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, contra los vestigios de la monarquía absoluta”¹⁰. La lucha proletaria contra las burguesías nacionales se deja para una segunda fase.

Es discutible, al respecto, la aseveración de Haupt según la cual “en la época de la Segunda Internacional, la ausencia de textos clásicos hace que para los marxistas la cuestión nacional sea un terreno virtualmente virgen”¹¹. A nivel teórico no era un terreno virgen, los dirigentes de la II Internacional conocían los textos de Marx y Engels y sus ideas al respecto. Sí es cierto que debían actualizarlas, introducir las variantes necesarias y definir una estrategia coherente, y no lo hicieron: su reacción ante la cuestión nacional fue dubitativa, indeterminada y heterogénea.

⁸ De Marx la de 1872, y de Engels las de 1883, 1890, 1892 y 1893.

⁹ MARX, K. y ENGELS, F.: *Manifiesto...*, pp. 35 y 43.

¹⁰ *Ibidem*, p. 32.

¹¹ LÖWY, M. y HAUPT, G.: *Los marxistas...*, p. 11.

Una parte del marxismo aún se aferraba como dogma absoluto a la frase del Manifiesto según la cual “los trabajadores no tenemos patria”¹², resistiéndose a la conciliación entre clase y nación. Frente a las interpretaciones más abiertas, líderes como Guesde decían que “para los socialistas, las cuestiones de nacionalidad no existen, no pueden existir. No comprenden y no practican, por serles impuestas por la sociedad antagónica actual, sino la lucha de clases de los proletarios de todas las razas contra los capitalistas de todas las razas”¹³. Los problemas de nacionalidad “no existen” o “no pueden existir”; es decir, son problemas pero no existen, y en caso contrario se les convierte en inexistentes. Lo “nacional” era simplemente burgués, y por lo tanto nada progresivo.

En cambio, otra tendencia asumiría la variable nacional como definitiva. El Presidente de la Internacional, el belga Vandervelde, dijo en 1914: “El internacionalismo en el futuro no podrá negar ni despreciar el valor del patriotismo nacional y de lealtad a un país”¹⁴. Y Jaurés aún sería más explícito: “Un proletariado que haya renunciado a defender la independencia nacional, y con ella a la libertad de su propio desarrollo, nunca tendrá la fuerza necesaria para derrocar al capitalismo”¹⁵.

En suma, la cuestión nacional fue para los internacionalistas una cuestión “sufrida pero en absoluto dominada”¹⁶. ¿Por qué? Si Marx había dejado una cierta doctrina, si el propio Engels la afinaría con su tesis sobre las naciones históricas, ¿acaso no la siguieron? ¿Por qué el marxismo internacional no fue capaz de tratar la cuestión de manera coherente? Y, sobre todo, ¿por qué se llegó a la crisis de 1914 y no controlaron los socialistas el patriotismo de los obreros? Posiblemente Marx y Engels comprendieran la realidad nacional mejor que sus sucesores, pero su teoría adoleció de algunas deficiencias que impidieron una doctrina oficial: el economismo como única explicación histórica, el desprecio al idealismo, la dificultad en comprender el sentimiento nacional y los problemas teóricos del paradigma internacionalista. Los marxistas posteriores a Marx creyeron que la fidelidad a su venerado maestro pasaba por aplicar un único método analítico a una realidad dinámica y diversa. Dogmatismo que no propició un esfuerzo teórico abierto a nuevas aportaciones bajo el temor a la herejía, y que impidió un franco debate que pudiera proporcionar un desarrollo teórico más realista. Ni el marxismo ni ninguna otra ideología pueden ser una variable fija que explique con un único análisis

¹² MARX, K. y ENGELS, F.: *Manifiesto...*, p. 43.

¹³ En el King's Hall de Londres. Citado en *El Socialista*, 11-II-1898: “Antisemitismo y socialismo”.

¹⁴ Discurso en el King's Hall de Londres, citado en *España*, n. 66, 1016, pp. 10-11: Fernando de los Ríos, “Nacionalismo y Socialismo”.

¹⁵ EN KRIEGL, A.: “La Segunda Internacional (1889-1914)”, en J. Droz (dir.), *Historia general del Socialismo*, Barcelona, Destino, 1979, vol. 2, p. 576.

¹⁶ LÖWY, M. y HAUPT, G.: *Los marxistas...*, p. 12.

un fenómeno tan casuístico como el nacional. No hay una cuestión nacional, sino diversas cuestiones nacionales; no hay nacionalismo, sino diversos nacionalismos.

Cada uno de ellos con sus causas, sus objetivos y sus evoluciones, aunque globalmente se puedan categorizar: nacionalismos progresivos y reaccionarios, liberadores y opresores, de derechas y de izquierdas. El marxismo no supo adaptarse a esa casuística, y, en lugar de encarar la diversidad del objeto de análisis como algo normal, generó en sus filas un profundo desconcierto. Estas deficiencias podemos resumirlas en dos:

1º) En primer lugar, el materialismo histórico es un método analítico válido para explicar el origen de las naciones y el desarrollo de las sociedades modernas, pero no el único. Ciertamente, la evolución de las estructuras políticas viene determinada por la de las económicas, y en tal sentido es plausible explicar la nación como la extensión de un sistema de propiedad y el marco en el que se establecen las relaciones de producción. Pero las guerras dinásticas y las de religión también contribuyeron a la formación de los Estados, dividiendo Europa en monarquías absolutas. El principio *cuius regio eius religio*, adoptado en el Tratado de Augsburgo (1555) y consagrado en la Paz de Westfalia (1648) tras la Reforma protestante, fue tan revolucionario como las transformaciones económicas, pues significó la separación entre Iglesia y Estado.

Es cierto que buena parte de las guerras entre Reinos y Estados tuvo un trasfondo económico: posesión de recursos, cuotas de mercado o de comercio marítimo. Pero en ellas solían luchar los pobres y los ricos de un reino contra los de otro. Como dice Gellner, hasta la era industrial la Humanidad se ha peleado por todo y entre todos, incluso entre los que compartían cultura, religión, idioma, estirpe, familia, rango o sangre¹⁷. Sin duda, estas confrontaciones se alternaban con conflictos sociales internos. Pero motivos de enfrentamiento ha habido muchos y diversos, y no se puede deducir que la lucha de clases fue el único motor de la historia, sino uno de ellos.

El materialismo marxista llega a definir la teoría revolucionaria originando algunas incertidumbres. Para Marx, el único resorte revolucionario es la concien-

¹⁷ “De hecho, hablando en términos generales, la historia no es el relato ni del conflicto de clases, ni del conflicto nacional. A lo largo de la historia, los hombres han luchado, han aborrecido y se han matado unos a otros sin prestar demasiada consideración al lenguaje, la raza, la etnicidad, el credo o el color de la piel. Tampoco han hecho discriminaciones en el asesinato y la explotación. La importancia de los conflictos de clase y nacionales, y en particular la superposición de criterios de clase y culturales, así como su influencia en las alineaciones en conflicto, sólo surge en circunstancias especiales, y éstas parecen operar en nuestro mundo moderno. La imposición de un (por decirlo así) principio categorial abstracto de conflicto, el requisito de que los contendientes deben ser capaces de identificarse a sí mismos como pertenecientes a una categoría general (es decir, una “nación” [o una clase, n. del a.]), es algo especial. Por lo común, los hombres han sido imparciales en sus odios”. En GELLNER, E.: *Nacionalismo*, Barcelona, Destino, p. 49.

cia del que asume su condición social: “la conciencia jamás puede ser otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real”¹⁸. La conciencia humana, que relega a la categoría de “instinto consciente”, no es un atributo innato, como decía Descartes, sino una cualidad que se va desarrollando al compás de los acontecimientos. No es necesaria una conciencia revolucionaria para hacer la revolución, sino que es la revolución la que la irá moldeando sobre la marcha: “Los hombres que desarrollan su producción material y su trato material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia”¹⁹. Por consiguiente, el cambio de propiedad es el que crea el cambio de mentalidad, no la instrucción o la cultura. Marx reduce la conciencia obrera a una condición puramente material para protegerla de la idealización burguesa, creadora de la “falsa conciencia” que estimula las necesidades ideales sobre las reales. Además, el obrero no tiene ni tiempo ni fuerzas para recibir una adecuada instrucción, por lo que desarrollará la verdadera conciencia en la futura sociedad socialista de acuerdo a una nueva cultura, una nueva educación y una nueva estética.

Entonces, si no es exigible un cambio ideológico previo para proceder a la revolución, ¿cuál es el detonante? Para Marx, la realidad de su explotación alimenta la conciencia del obrero para su liberación, actuando por reacción espontánea. La conciencia de la necesidad es una conciencia material, no ideal. Para que el hombre combata su propia enajenación es necesario que ésta “engendre a una masa de la humanidad como absolutamente *desposeída* y, a la par con ello, en contradicción con un mundo de riquezas y de educación”²⁰. La desesperación, y no la idea, es la madre de la revolución²¹.

El materialismo de Marx cabe entenderlo en un contexto europeo caracterizado por el abuso de un idealismo radical que resolvió el problema de la libertad política pero no el de la justicia social. En ese sentido, se entiende que Marx no aceptara que los obreros pudieran tener una lealtad distinta a la de su clase, y que su actuación política estuviera determinada por otro tipo de condiciones distintas a las materiales.

Para él, la identidad nacional de los obreros era una deformación²², aunque, como se ha dicho, tuvo que admitir su fuerza. Desde luego, la burguesía no lu-

¹⁸ MARX, K. y ENGELS, F.: *La ideología alemana...* I, f5.

¹⁹ MARX, K. y ENGELS, F.: *ibidem*.

²⁰ MARX, K. y ENGELS, F.: *ibidem*, II, 18.

²¹ Así de claro lo dejó escrito: “No se puede liberar a los hombres mientras no estén en condiciones de asegurarse plenamente comida, bebida, vivienda y ropa de adecuada calidad y en suficiente cantidad” (MARX, K. y ENGELS, F.: *ibidem*,: II, 1).

²² BREUILLY, J. A.: *Nacionalismo y estado*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 1990, p. 37.

chó contra el Antiguo Régimen sólo por ideales de justicia universal, sino para cambiar las relaciones de propiedad. Y es cierto que normalmente “las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante”²³. Pero a veces se ha dado una feliz coincidencia entre los intereses de una clase y la aparición de una idea necesaria para desencadenar la revolución. La idea burguesa de libertad penetró fácilmente en las conciencias de las personas y les sirvió individual y colectivamente. Luchar por la libertad era luchar por la dignidad personal y por la nación de la que formaban parte. Si las revoluciones liberales hubieran consistido sólo en un cambio en las relaciones de propiedad, el pueblo se habría mostrado más pasivo. Pero el liberalismo extendió la condición de ciudadanía a todo el pueblo y legisló los derechos individuales, lo que permitió un proceso simultáneo de burgueses contra nobles y de ciudadanos contra opresores. La burguesía y sus publicistas dijeron a los ciudadanos que la soberanía nacional no significaba sólo que pertenecieran a una nación, sino que eran la nación. Las ideas que vinculaban la libertad personal con la identidad nacional fueron fácilmente comprensibles para todos, aunque luego no todos se beneficiarían de ellas.

Marx descubrió el truco: bajo la libertad política se escondía la económica, la que interesaba a la nueva clase dirigente para asentar su dominio posterior. La libertad política podía generalizarse, pero la económica sólo estaba al servicio de unos pocos, con lo que aquélla perdía valor. El liberalismo, sí, trajo la libertad, pero no la igualdad real. De aquellos polvos, estos lodos: la defensa de la libertad burguesa conducía a la explotación proletaria. La crítica al liberalismo y sus consecuencias fue una novedad.

Pero Marx ignoró la capacidad movilizadora de una idea autónoma y confió en exceso en que las condiciones materiales serían suficientes para combatirla. La libertad y la nación eran ya ideas instaladas. El nuevo paradigma, el internacionalismo, no era tan fácil de asimilar; el sentimiento nacional ya estaba demasiado metido en la retina de los ciudadanos, obreros incluidos, como para luchar sólo por la clase y renunciar a la nación por la que no hacía mucho se habían batido.

Si el Estado resultante, mal que bien, constitucionalizaba los derechos individuales y mejoraba en algo la vida diaria de los ciudadanos, el germen del patriotismo cívico se combinaría con la lucha por un Estado democrático en una permanente dialéctica. Hobsbawm habla de la “lealtad simultánea” entre clase y nación por parte de muchos trabajadores²⁴. Una doble lealtad cotidiana, sentimental, personal y muy poco teorizada que a veces disonaba de los discursos de sus líderes políticos, comprometidos con las resoluciones de la Internacional. Así, los mineros galeses no tuvieron inconveniente en proseguir con sus huelgas des-

²³ MARX, K. y ENGELS, F.: *La ideología alemana...*, III, 30.

²⁴ HOBSBAWN, E.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1991, pp. 132-34.

pués de defender a Gran Bretaña en la guerra del 14. Igualmente, los comunistas franceses (como luego los españoles) compartirían su condición proletaria con la identidad nacional. La evolución del socialismo europeo hacia el reformismo suponía adaptar la acción política al marco estatal, y defender los intereses de la clase obrera como una clase nacional, esto es, como parte de la nación. Al final, el continente se convirtió en el contenido, y, como afirma el propio Breully, “la distinción que trazó la Segunda Internacional entre guerras defensivas y agresivas tuvo un verdadero significado para muchos obreros”²⁵.

2º) En segundo lugar, Marx y Engels no cerraron una teoría del Estado, y ello dio lugar a dos tipos de reflexión que, en el fondo, estaban conectadas: primero, cómo llegar al Estado; segundo, qué hacer con él. El debate más teórico devenía del enfrentamiento con los anarquistas, cuyo frontispicio ideológico era su abolición. Los marxistas, en su pulsión metódica, optaban por las fases. Creían que hacer desaparecer al Estado, sin más, no garantizaba el cambio de la estructura económica y se podía provocar un vacío de poder aprovechado nuevamente por la burguesía. No se podía consentir una desaparición espontánea de todo el aparato estatal, cuyo control debía estar en todo momento en manos del proletariado organizado. Marx ya tenía claro lo que Lenin pudo comprobar directamente: que toda revolución tiene su contrarrevolución. Desde el sentido metódico del materialismo, la propuesta anarquista era insuficiente.

Pero, ¿qué significaba concretamente que el Estado se extinguiera? ¿Abandonar el poder después de conseguir la sociedad sin clases? ¿Quién definiría ese objetivo, quién podría decir cuál era el momento para dejar que el Estado se fuera extinguiendo? ¿Era un proceso voluntario o inexorable? Las preguntas, a nivel teórico, eran pertinentes. Pero, también a nivel teórico, el tema quedaba abierto y eso dificultaba la acción política de la socialdemocracia. Sin una doctrina que definiera concretamente el acceso al poder y su transformación, la acción de los partidos socialistas se veía atrapada entre una retórica revolucionaria y una situación objetiva difícil, por la escasa fuerza propia y por la enorme fuerza del Estado burgués y sus defensores. La única opción al reformismo era la dictadura del proletariado, un concepto híbrido que pretendía significar el control por parte del proletariado organizado de la fase de transición del Estado burgués al socialista. Todavía en 1871, en la introducción a *La guerra civil en Francia*, Engels tuvo que aclarar: “Últimamente las palabras “dictadura del proletariado” han vuelto a sumir en santo terror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!”²⁶.

²⁵ BREULLY, J. A.: *Nacionalismo...*, 340.

²⁶ MARX, K. y ENGELS, F.: *La guerra civil en Francia*, 1871, en www.marxists.org/m-e/espanol/1870s/gcfran/intro.htm.

El estudio de dicha obra muestra varias cosas: primero, que la Comuna parisiense fue un movimiento proletario, pero tuvo más que ver con razones internas que de clase. En el alzamiento obrero hubo un importante componente nacional, de malestar de unos ciudadanos que se vieron abandonados por la burguesía frente a Bismarck. Si Thiers hubiera liderado una renovación republicana negociando la paz con Prusia, posiblemente habría tenido la comprensión del pueblo y la Comuna no habría tenido lugar. Lo que hicieron los comuneros fue ocupar el espacio de poder dejado por los que huyeron a Versalles, nadie les echó. Por lo tanto, lo que acabó siendo un gobierno obrero no empezó como una revolución socialista, sino como el levantamiento de un pueblo identificado con su nación y que se vio desasistido y abandonado por sus propios gobernantes.

En el texto se aprecia lo inesperada que resultó para Marx esta revuelta, que no pudo guiar con su consejo. Es clara su admiración hacia la acción proletaria, pero no menos su contrariedad por el protagonismo de Blanqui y la utilización política de los proudhonianos. Y, también, su dificultad en presentar la Comuna como una revolución socialista *avant la lettre*, pues no siguió ninguno de los esquemas teóricos previstos. Lenin se esforzó en demostrar que el “régimen comunal” propuesto por Marx no tiene nada que ver con el federalismo²⁷. Si no lo era, se le parecía bastante. Lenin hablaba del “centralismo voluntario” de Marx, pero lo cierto es que éste proponía la autonomía municipal y la “autoadministración de los productores”, añadiendo que el gobierno comunero de París, inevitablemente autoconstituido desde abajo, era el primero de una reconstitución nacional que se extendería a otras ciudades. Eso no ocurrió, pero en cualquier caso, ¿qué diferencia hay entre ese proyecto y uno federal? ¿Acaso el hecho de que París sea la capital implica que la reconstitución del país iba a ser “de arriba abajo”, en clave rousseauiana, y no “de abajo arriba”, en clave proudhoniana? Esta dialéctica explica que no siempre se puede determinar que la constitución política de un país sea nacional o federal, centralizada o descentralizada, sobre todo si es por vía revolucionaria. En ocasiones, los procesos revolucionarios y constituyentes no siguen la estela de planteamientos ideológicos previos, sino de las circunstancias que lo van guiando en un sentido o en otro.

El prólogo a la edición alemana del Manifiesto (1872) reconoce escuetamente que “la comuna [de París] ha demostrado, principalmente, que la clase obrera no puede limitarse a tomar posesión de la máquina del Estado en bloque, poniéndola en marcha para sus propios fines”. Desde una posición de pretendida ortodoxia, Lenin interpretó esta frase como la necesidad de transformar el Estado para su posterior extinción, polemizando por ello con Kautsky y los “oportunistas” que se conformaban con democratizar el Estado burgués. Pero Marx dice que no se

²⁷ LENIN, V. I.: *El Estado y la revolución*, Ariel, Barcelona, 1981, pp. 55-83.

trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal. La unidad de la nación debía convertirse en una realidad mediante la destrucción de aquel poder del Estado que pretendía ser la encarnación de esta unidad, pero quería ser independiente de la nación y estar situado por encima de ella.

En este párrafo, Marx aconseja la destrucción del “poder del Estado”, de un Estado que pretendiendo ser nacional en realidad se situaba por encima de la voluntad de la nación. Ya en su crítica al parágrafo 279 de Hegel, advertía que el panteísmo idealista implicaba un Estado cuya nacionalidad era exterior, no integradora; es decir, que la nacionalidad, en el modelo hegeliano, la marcaba la separación territorial con respecto a las demás monarquías. El concepto de soberanía era igualmente territorial, demarcatorio, no preveía en absoluto la titularidad de ningún poder por parte del pueblo. Pero a partir de aquí, lo cierto es que Marx no aclaró si lo que había que derrocar era el Estado burgués o al Estado como tal. En 1875, Engels le dice a Bebel que “mientras el proletariado necesite del Estado, no lo necesitará en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios; y tan pronto como pueda hablarse de la libertad, el Estado dejará de existir como tal”²⁸.

A medida que avanzaba su nacionalización política y su praxis reformista, los partidos socialistas veían que lo más realista no era pensar en su extinción, sino en su transformación democrática. Es decir, en convertir al Estado nacional en un Estado social, con un pleno desarrollo democrático y una avanzada legislación obrera. La socialdemocracia, en su evolución reformista, aceptaba que la revolución política facilitaba la económica, y que el Estado democrático podía ser un instrumento útil para el cambio del sistema de propiedad, o cuando menos para el reparto de la riqueza. Breully afirma que “es evidente que el crecimiento del *reformismo*, como se le denomina a menudo, significa necesariamente la aceptación del nacionalismo”²⁹. El debate nominal de la II Internacional sobre la “socialización” o la “nacionalización” de los medios de producción explica las dificultades en concretar una teoría del Estado válida para todos. Algunos sectores entendían que proponer la nacionalización de sectores como carbón, hierro, transportes, química o bancos, suponía entregar demasiado poder al Estado burgués, por lo que era más conveniente proponer directamente la socialización de toda la economía, pero después de alcanzar el poder político y con la transformación del Estado liberal en un Estado obrero. Los congresos de Stuttgart (1907) y de Copenhague (1910), en cambio, abrieron las puertas a las nacionalizaciones y al intervencionismo estatal, lo que indicaba un cambio en la consideración del Estado: la prioridad no era ya que fuera liberal o socialista, sino que fuera democrático. Kautsky lo definía como “transformado en agente democrático del

²⁸ Carta de Engels a Bebel, de 18-28 de marzo de 1875, citada en LENIN, V. I.: *El Estado...*, pp. 96-97.

²⁹ BREULLY, J. A.: *Nacionalismo...*, p. 338.

pueblo entero”, y sostenía la necesidad de que poseyera y administrara todos los medios esenciales de producción. Según Droz, la socialdemocracia se convirtió en “un partido democrático de reformas sociales. Su dirección pasó a manos de una burocracia –salvaguardia de las organizaciones que tiene a su cargo, pero de las que a su vez se beneficia- que no creía ya en el hundimiento del capitalismo, que había borrado de sus perspectivas la práctica revolucionaria y que se limitaba a la táctica cotidiana”³⁰.

Dentro del campo socialista (al que no podemos incluir a List), el primer dirigente que comprendió la necesidad de adaptar el socialismo al hecho nacional fue Ferdinand Lassalle. Fue el máximo representante del socialismo alemán desde 1848 hasta 1862, momento en que, coincidiendo con la constitución de la I Internacional, emerge el liderazgo de Wilhelm Liebknecht y August Bebel. En su *Sistema de derechos adquiridos* (1861), Lassalle reconoce una voluntad colectiva del pueblo alemán explícita en el derecho sucesorio, que regula la herencia no como la ejecución de la voluntad del fallecido, sino como la expresión de la voluntad presente de la familia que le sobrevive. Es, en su opinión, la expresión del *Volkegeist* de la nación alemana, un “espíritu del pueblo” que lo acerca al idealismo hegeliano y al romanticismo alemán, alejándolo a su vez del materialismo marxista.

El socialismo de Lassalle era más moderado que el de Marx. Cole afirma que “en la política práctica eran polos opuestos, porque Marx estaba con la burguesía en contra del Estado prusiano, mientras que Lassalle estaba dispuesto a ponerse al lado del Estado prusiano en contra de la burguesía”³¹. Marx, en su versión más realista, no rechazaba de plano la colaboración con la burguesía reformista, pero no aceptaba la connivencia de Lassalle con la política de Bismarck aspirando a consolidar un contexto político favorable a la socialdemocracia. Para Lassalle, la taimada actitud de la burguesía no daba otra opción que el diálogo con el canciller, quien por otra parte no veía con malos ojos tener como interlocutor del movimiento obrero a un líder pragmático como Lassalle. Desde la derecha y desde la izquierda ambos tenían un objetivo común: la unidad nacional alemana. Lassalle defiende la existencia de la Constitución real como la continuidad histórica de un pueblo, definida por la relación entre las fuerzas reales del mismo³². La Constitución formal (la “hoja de papel”) debe coincidir con la real. La idea historicista de la nación alemana es clara:

³⁰ DROZ, J.: “La Socialdemocracia alemana (1875-1914)”, en J. Droz (dir.), *Historia general del Socialismo*, Barcelona, Destino, 1979, vol. 2, p. 68.

³¹ COLE, G. D. H.: “Marxismo y anarquismo, 1850-1890”, en G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista, vol. II*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1975, p. 76.

³² LASSALLE, F.: *¿Qué es una Constitución?*, 1862, en www.antorcha.net/biblioteca_virtual/derecho/lassalle/1.html, II3c.

Si recorren ustedes, señores, la historia con cierto cuidado e íntima compenetración con lo que leen, comprobarán que la obra de cultura creada por nuestro pueblo ha sido hasta ahora tan gigantesca y tan imponente, de tal modo resplandece y es ejemplar ante el resto de Europa, que nadie puede dudar que nuestra existencia como nación responde a una necesidad y es indestructible. Si Alemania se viese envuelta en una grave guerra exterior, es posible que en ella se derrumbasen todos nuestros Gobiernos, el de Sajonia, el de Prusia, el de Baviera, todos; pero de los escombros de esa guerra se alzaría como el fénix de sus cenizas, indestructible y perenne, y esto es lo único que a nosotros nos interesa: el pueblo alemán.

Lassalle anticipó la idea del Estado que Bernstein y Kautsky defenderán años más tarde: el Estado puede actuar como instrumento de dominio de una clase sobre otra, pero una adecuada evolución democrática impulsada por la clase trabajadora lo puede convertir en un instrumento para promover el bien general de los ciudadanos, al ser la máxima expresión del *Volkegeist*. El programa lassalliano insertaba la emancipación social en la política y la liberación obrera en la ciudadana combinando el cooperativismo y la autogestión con el intervencionismo estatal. No sería exagerado afirmar que el *socialismo nacional* lassalliano³³ estaba relativamente influido por el *capitalismo nacional* de List y, en mayor medida, por el *socialismo de Estado* de sus sucesores, pues las tres corrientes coinciden en el desarrollo político y económico del Estado y en la incardinación en su seno de la clase obrera³⁴. Liebknecht y Bebel, tras el congreso de Eisenach (1862), variaron esta estrategia y se negaron a apoyar la guerra contra Francia en 1870. Ello les llevó al escarnio público y a la cárcel.

La Segunda Internacional

El tránsito de la I a la II Internacional no fue sólo orgánico, sino de mentalidad y de contexto. Si los primeros internacionalistas pensaban despertar al proletariado mundial para provocar una gran revolución mundial, los segundos amoldaron su estrategia al marco nacional. El nexo de unión entre ambas internacionales fue Engels y su teoría de las *naciones históricas* entendidas como viables, teoría que la II Internacional asume mayoritariamente de la mano de Kautsky³⁵. Para Engels, las naciones históricas son las que han llegado a convertirse en Estado soberano, siguiendo la visión materialista y huyendo de los planteamientos historicistas, románticos e idealistas.

³³ José Mesa, en su prólogo a la *Miseria de la filosofía* (1891) de Marx, lo consideraba “burgués y nacionalista”.

³⁴ Tras la publicación en 1841 del *Sistema de Economía Nacional* de Friedrich List, algunos profesores (Gustav Schmoller, Adolf Held, Lujo Brentano, Christian Engel, Adolf Wagner) convocaron un Congreso de Economistas Alemanes para estudiar la situación económica en relación con la unidad nacional. En el congreso, celebrado en Eisenach en 1872, propusieron la intervención estatal en la economía mediante la legislación social, el estímulo a la obra pública y la regulación de la actividad empresarial, aunque garantizándola.

³⁵ LÖWY, M. y HAUPT, G.: *Los marxistas...*, pp. 28-29 y 89-91.

La *nacionalización de los socialismos* pretendía la *socialización de las naciones*, es decir, su desarrollo político en clave social (Löwy y Haupt, 1980: 33-40)³⁶. Existía el riesgo de que se incrementaran los intereses nacionales por encima de los de clase y se abandonara el sentimiento internacionalista, como así ocurrió. En la revista *España* podía leerse: “En la lucha de los Estados históricos, el socialismo sacrificó la idea de su Estado a la salvación del Estado nacional”³⁷. Sin embargo, Anne Kriegel sostiene que:

La formación de partidos socialistas a escala nacional y estatal no era solamente una manera de capitalizar el avance de las ideas socialistas en el seno de la clase obrera y las masas populares; no sólo permitía evaluar la influencia socialista en términos de *membership*, sino que también hacía posible que el socialismo penetrara hasta el núcleo de poder del aparato estatal³⁸.

El ritmo de nacionalización no fue el mismo para todos los partidos y dependía de tres variables: la evolución política de cada Estado, el nivel de socialización económica y cultural, y la existencia de partidos liberales o progresistas con los que se pudiera colaborar. A mayor desarrollo del Estado, mayor desarrollo del partido socialista respectivo y mayor moderación estratégica. La socialdemocracia alemana y el laborismo británico anticiparon el reformismo que, tarde o temprano, marcaría la evolución de los demás socialismos europeos. Al compás del debate nominal, la vía reformista se irá imponiendo de hecho: el francés Millerand entra en 1896 en el gobierno del radical Waldeck-Rousseau, y el laborista británico John Burnes en el del liberal Campbell-Bannerman en 1905. Droz destaca:

la especificidad del régimen político, que, en la medida en que es liberal, facilita el desarrollo y la integración de los grupos obreros en la nación (como es el caso de Gran Bretaña y Francia), pero donde la presencia de una izquierda burguesa puede también desvirtuar la voluntad revolucionaria, mientras que, por el contrario –como en la Rusia zarista y en menor medida en los imperios centrales– es susceptible de convertirse en un factor de cohesión³⁹.

El hecho es que los partidos socialistas, con doctrina o sin ella, tenían que dar respuesta a las diversas cuestiones nacionales que se planteaban. Haupt señala que “en contra de un tenaz prejuicio, los marxistas de la época de la Segunda Internacional no se propusieron construir ninguna teoría general ni dar soluciones globales al problema de la nación, aplicables en todas las circunstancias y en todo lugar, ni fijar en dogmas normativos sus respectivas tesis”⁴⁰. Las respuestas, pues,

³⁶ LÖWY, M. y HAUPT, G.: *ibidem*, p. 33-40. Es la tesis de EH Carr pero invirtiendo el orden de los términos. CARR, E. H.: *Nationalism and After*, Macmillan, Londres, Macmillan, 1945, p. 16.

³⁷ “Reforma y revolución”. *España*, n. 270, 3-VII-1920.

³⁸ KRIEDEL, A.: *Historia...*, p. 558.

³⁹ DROZ, J.: *Historia...*, p. 12.

⁴⁰ LÖWY, M. y HAUPT, G.: *Los marxistas...*, p. 11.

no eran teóricas, sino tácticas y coyunturales. Lo que no deja de ser otra manera de decir que, en realidad, no había claridad de ideas y que esas circunstancias diversas ofrecían más problemas que oportunidades. Entre otras cosas, porque la Internacional no sólo tuvo que asistir a las tensiones entre las potencias europeas, sino también gestionar problemas nacionales internos. Por ejemplo, entre socialistas polacos, rusos y alemanes o entre checos y austriacos. Eran el reflejo de situaciones nacionales diversas que requerían un tratamiento: la plurinacionalidad del Estado austriaco, el tema de Polonia, el colonialismo y el imperialismo. Y, finalmente, la lucha entre naciones a partir de 1914, que llevaría a los socialdemócratas alemanes a apoyar a su Reich mientras que Jaurès consideraba legítima la lucha nacional contra el imperialismo alemán.

Al respecto, podemos destacar cuatro tendencias dentro de la II Internacional:

- a) la central, representada por Kautsky, partidaria del Estado nacional;
- b) la clasista, de Rosa Luxemburgo, Pannekoëk, Strasser y Clara Zetnick;
- c) la autodeterminista de Lenin y Stalin, aplicada al caso del imperio plurinacional de Rusia;
- d) el austromarxismo de Renner y Bauer, aplicado a la plurinacionalidad del Imperio Austro-Húngaro⁴¹.

El congreso de Londres (1896) aprobó la primera resolución sobre el tema, cuyo texto es el siguiente:

El Congreso declara que está a favor del derecho completo a la autodeterminación de todas las naciones, y expresa sus simpatías a los obreros de todo país que sufra actualmente bajo el yugo de un absolutismo militar, nacional o de otro género; el Congreso exhorta a los obreros de todos estos países a ingresar en las filas de los obreros conscientes de todo el mundo, a fin de luchar al lado de ellos para vencer al capitalismo internacional y alcanzar los objetivos de la socialdemocracia internacional.

Aun siendo una moción genérica, respondía a una iniciativa de Rosa Luxemburgo, que quería un pronunciamiento correctivo frente al nacionalismo del Partido Socialista Polaco (PPS)⁴². Para Haupt, “siendo un texto de compromiso, es más un intento de hacer fracasar un debate que se juzga inoportuno que no un

⁴¹ El austromarxismo tenía más representantes, como Max Adler o Hilferding, pero los que teorizaron sobre la cuestión nacional fueron sobre todo Renner y Bauer.

⁴² Más bien al colonialismo, pues en otro apartado se menciona algunos pueblos sojuzgados, incluyendo el cubano. *El Socialista* (7-VIII-1896) reproduce el texto de la Resolución 4ª pero suprime la mención a Cuba de la relación posterior. Dice Carlos Serrano (VILAR, P.: “Mouvement ouvrier espagnol et questions nationales: quelques reflexions preliminaires”, *Le mouvement social*, n.º 128, Institut Français d’Histoire Sociale, París, 1984, p. 23) que la delegación española lo apoyó tácticamente porque daban la guerra ya por perdida. El propio Iglesias reconoce que “en el asunto de Cuba, el Partido no ha adoptado una actitud más resuelta, porque su fuerza es pequeña” (Carta al dirigente socialista argentino Juan B. Justo, en LOSADA, J.: *Ideario político de Pablo Iglesias*, Barcelona, Nova Terra, 1976).

esfuerzo consciente por clarificar posiciones de principio⁴³. 1896 era aún pronto para plantear un tema profundo sobre el tema. En Amsterdam (1904), se aprueba otra moción en favor de un principio progresivo del derecho de las nacionalidades a su libre existencia⁴⁴:

Como socialistas, estamos en contra del nacionalismo y, en general, en contra de todos los movimientos que tiendan a conservar celosamente todas las particularidades nacionales que constituyan una herencia histórica. No obstante, vemos en la regeneración de una nacionalidad un fenómeno favorable, en cuanto puede contribuir a que penetren en el medio nacional las grandes ideas humanitarias internacionales. Nosotros inscribimos en nuestra bandera el derecho ilimitado y absolutamente pleno de toda nacionalidad a la existencia independiente. Las nacionalidades son productos naturales de la historia; permanecerán mucho tiempo aún en los cuadros históricos de la actividad socialista.

El texto marca distancias con los nacionalismos idealistas, pero inaugura una nueva consideración republicana, al valorar la regeneración de una nacionalidad como “un fenómeno favorable”. Entrado ya el siglo XX, era comprensible en dirigentes políticos que tenían, en parte, una mentalidad liberal y procedían de tradiciones como el neokantismo, el republicanismo o el socialismo utópico.

El austromarxismo

El Partido Socialdemócrata austriaco era un conjunto de socialismos territoriales dominados por una élite culturalmente alemana. Pero en el marco del imperio dual su desarrollo político la alejaba del pangermanismo y la acercaba a la realidad plurinacional. Esta coyuntura hace que la socialdemocracia formule una propuesta federal y aporte una propuesta original en el socialismo europeo. La plurinacionalidad imperial de la que partieron se basaba en vestigios legales e institucionales del Antiguo Régimen. Víctor Adler, su máximo dirigente, consideró que la extensión del sufragio universal permitiría establecer un federalismo democrático que superara los egoísmos nacionalistas. Sus argumentos tenían más que ver con una reorganización racional e igualitaria del Estado que con reclamaciones culturales o historicistas. Pretendió que la propuesta fuera presentada como un programa viable para el imperio diciendo que “la socialdemocracia austriaca era el único partido *Staatserhaltend*”, el único partido “sostenedor del Estado”.

En el congreso de Wiemberg (1897), la socialdemocracia austriaca se estructuró federalmente en seis secciones (alemana, checa, polaca, sudeslava, rutena e italiana) y un único grupo parlamentario. El congreso de Brünn (1899) defendió el mantenimiento del Estado como unidad política y económica federal, y consideró

⁴³ Löwy, M. y HAUPT, G.: *Los marxistas...*, p. 53.

⁴⁴ ROUBANOVITCH, B.: “Patriotismo e internacionalismo”, *La Revista Socialista*, n. 75, (Febrero 1906), pp. 69-77.

que las antiguas naciones debían ser regiones autónomas iguales entre sí con instituciones y cultura propias pero con igualdad de derechos. El acuerdo consideraba que “las querellas nacionales en Austria traban todo progreso político” y que “el reglamento definitivo de la cuestión nacional y lingüística en Austria en el espíritu de la igualdad de derechos y de la razón es, ante todo, una reivindicación cultural, es decir, que forma parte de los intereses vitales del proletariado”. Asimismo, abogaba por la abolición de “los privilegios sociales en el Estado y en los Länder” y porque el desarrollo de “la especificidad nacional de todos los pueblos de Austria no es posible más que sobre la base de la igualdad, evitando toda opresión”. El Reichsrat definiría una “lengua intermedia” o común entre todos y se suprimirían los privilegios feudales de algunas naciones. Por lo tanto, el federalismo socialdemócrata austriaco era democrático e igualitario y reconocía la nacionalidad cultural.

Con la extensión paulatina del derecho de sufragio, la socialdemocracia pasó de 14 escaños en 1897 a un millón de votos y 87 escaños en 1906: 50 alemanes, 24 checos, 6 polacos, 5 italianos y 2 rutenos. En 1911 la cifra fue de 82 escaños: se perdió en la región de Bohemia por la irrupción del nacionalismo pero se recuperó Viena. Lo cual indica dos cosas: que la socialdemocracia no daba una respuesta efectiva ante el nacionalismo y que se estaba alemanizando. Pero esta paulatina democratización no ayudó a resolver ni los problemas sociales ni los territoriales del imperio dual. El Partido Socialdemócrata fue a un tiempo víctima y testigo del rompimiento del imperio.

Más allá de las fricciones entre socialistas polacos, rutenos y ucranianos, el gran problema eran las reivindicaciones de los socialistas checos. Dentro de la Cisleitania (Austria) querían un reconocimiento especial para su sección, para su cultura y para su nación. En Bohemia y Praga obreros y pequeña burguesía reclamaban que el idioma checo tuviera igualdad oficial con el alemán, y que los ciudadanos checos pudieran estar presentes en las instituciones, en la administración y en la dirección socialdemócrata. En el congreso checo de Viena (1891), Vavra afirmó: “El internacionalismo sólo tiene razón de ser para los problemas económicos, y tal vez en algunos casos para los problemas políticos y culturales; en lo referente a las cuestiones nacionales es letra muerta, puesto que cada ciudadano no reconoce más que su propia nacionalidad”. El congreso internacional de Stuttgart (1907) no autorizó la independencia sindical checa. El de Copenhague (1910), a instancias de Kautsky, decidió la unidad del partido socialdemócrata bajo la dirección de Viena, esto es, bajo una dirección culturalmente alemana. El socialismo checo se acercó entonces al nacionalismo y se presentó en listas separadas a las elecciones de 1911, obteniendo 357.000 votos y 26 escaños, por 19.000 votos y un escaño los unionistas. En 1913, los socialistas checos ya reclamaban un Estado propio: en su caso, el nacionalismo venció al federalismo plurinacional propuesto por Renner y Bauer.

Karl Renner distingue tres tipos de nacionalidad: la territorial, equivalente al Estado-nación, con una cultura dominante; la federal-proudhoniana, sobre la base de las estructuras políticas inferiores; y la cultural, que es el conjunto de personas que mantienen cualidades diferenciales de tipo cultural y lingüístico, independientemente de donde vivan. Para este tipo de nacionalidad cultural sin adscripción territorial, Renner tomaba el modelo de la Iglesia Católica o de la comunidad judía como base para su propuesta. Otto Bauer da un paso adelante al territorializar la diferencia cultural, considerándola como parte de un devenir histórico que culmina en las naciones modernas. Considera, en cambio, que el materialismo histórico es insuficiente para explicar el hecho nacional. Propone que los marxistas conceptualicen una sociología formal que, sin negar la base materialista, estudie las causas de generación de nuevos grupos sociales y su relación entre ellos. La sociedad no es sólo burguesía y proletariado, sino nuevos grupos y comunidades basadas en relaciones sociales que no parten sólo del desarrollo económico, sino de una afinidad étnica y cultural. En esto no sólo discrepó con Kautsky, sino también con Lenin y Stalin.

Bauer quiere encajar la clase obrera en el paradigma modernista. La nación decimonónica se ha desarrollado por y para la burguesía, a partir de una doble síntesis: entre liberalismo y nacionalismo de una parte, y entre racionalismo y romanticismo de otra. A lo largo del siglo, la burguesía ha racionalizado el nacionalismo romántico para convertirlo en ideología del nuevo Estado, al servicio de su dominio políticosocial, a través de la educación y la cultura oficial. Ha construido un Estado nacional que quiebra el cosmopolitismo internacional, pero que a su vez representa un nuevo cosmopolitismo nacional, pues dentro de la nación se desdibujan los organismos sociales y territoriales que entorpezcan su dominio: sólo una nación de ciudadanos libres e iguales. La burguesía se ha hecho jacobina.

Para Bauer, el objeto de la socialdemocracia no puede ser el internacionalismo teórico, sino la integración del proletariado en la comunidad nacional. Sólo cuando la clase obrera disfrute de todos los bienes y equipamientos culturales el Estado será realmente democrático. Por ello considera insuficiente el nacionalismo liberal, pues no ha constitucionalizado los derechos sociales y cívicos, ha marginado al proletariado y ha construido una nación limitada. Su integración se llevará a término con la interacción de las dos fases históricas: la revolución liberal y la gran reforma democrática, que de la mano del movimiento socialista constitucionalizará los derechos sociales y culturales. Así, el proletariado sustituirá a la burguesía como nueva clase nacional⁴⁵. La lucha social es, pues, lucha nacional, por lo que

⁴⁵ GARCÍA PELAYO, M.: *Las transformaciones del estado contemporáneo*, Madrid, Alianza Universidad, 1977, y GARCÍA PELAYO, M.: *El tema de las nacionalidades. La teoría de la nación en Otto Bauer*. Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1979.

el internacionalismo socialista no puede negar la realización de las comunidades nacionales. La cultura internacional es la suma de culturas nacionales y se manifiesta a través de ellas:

Resaltar conceptualmente los elementos de cultura comunes a todas o a algunas naciones no puede esconder el hecho de que no hay en ningún sitio otra cultura que no sea la nacional y que la cultura internacional no puede ser otra cosa que la quintaesencia de los elementos comunes a las diferentes culturas nacionales. No se pueden abolir las diferencias entre las culturas nacionales porque no se puede suprimir la historia de las naciones. Es por ello que la lucha de clases del proletariado es una lucha por la posesión de la cultura nacional.

Kautsky reconocía que la lengua era un elemento identitario, pero advertía una obviedad: que los mapas lingüísticos no tienen por qué coincidir con los políticos. Kautsky no se aparta de los cánones materialistas y reafirma que el hecho nacional es, en ocasiones, un medio para el socialismo, pero nunca un objetivo. Asimismo, consideraba que la teoría explicativa de Bauer sobre la formación de la comunidad nacional era excesivamente psicologista y filonacionalista, por anteponer el criterio lingüístico-cultural al económico. En su opinión, el Estado plurinacional no era, a diferencia del Estado-nación, una categoría histórica comprensible desde parámetros materialistas. Si las diferencias culturales y étnicas dentro del Estado austriaco eran determinantes y provocaban conflictos, lo mejor era seguir el curso de la historia y consentir que esas nacionalidades constituyeran estados propios. Si la nación checa obedecía a un desarrollo económico diferenciado, no tenía sentido mantenerla dentro de un Estado artificial con la ilusión de la autonomía cultural, pues ello además podía ralentizar el avance histórico al socialismo. Sin embargo, este punto de vista de Kautsky tenía dos riesgos: uno, que podía abrir la puerta a la proliferación de pequeñas nacionalidades, algo que el socialismo europeo no deseaba; dos, que entraba en cierta contradicción con la alergia que tenía Engels a la autodeterminación de los pueblos eslavos, pues esto podía valer tanto para los checos como para rumanos o búlgaros, dominados por la Transleitania magiar.

La crítica leninista al austromarxismo se expresa de manera muy concreta en los trabajos de Stalin *Marxismo y cuestión nacional* (1913) y *Contra el federalismo* (1917)⁴⁶. Stalin dedica un importante espacio a discutir el concepto de carácter nacional y de autonomía cultural. En primer lugar, no cree que la nación pueda definirse con un criterio exclusivo sino que es un conjunto necesario de rasgos que la configuran como una comunidad estable: territorio, idioma, historia, vida económica y cultura. Por ello, no cree que una nación pueda basarse, como hace

⁴⁶ STALIN, I.: *Marxismo y cuestión nacional*, (1913) en www.marxists.org/espanol/stalin/1910s/vie1913.htm, Marxists Internet Archive, 2002. STALIN, I.: *Contra el federalismo*, Moscú, 1917, en www.eroj.org/biblio/stalin/federal/federal.htm#contra

Bauer, en la comunidad de carácter si éste no viene dado por los demás rasgos identificativos.

Por otra parte, Stalin no concibe la capacidad de Renner⁴⁷ y Bauer en asignar nacionalidades culturales sin el requisito territorial, y menos que se puedan otorgar documentos de identidad a personas que comparten lengua y cultura pero residen en territorios diversos. No son los judíos los que forman una nación por el hecho de compartir idioma, religión y cultura, sino acaso los judíos de Polonia, los de Ucrania, los de Rusia, porque además viven juntos. En su opinión, la integración del proletariado en la nación democrática que propone Bauer es una idea armonista y no marxista, pues renuncia a la lucha de clases y pretende incorporar al proletariado a una comunidad nacional compartida con la burguesía. No puede haber comunidad cultural del proletariado con la burguesía, porque cada clase tiene su propia cultura.

Si ese es el tipo de naciones con el que pretende estructurar el Estado austriaco, la propuesta de Estado plurinacional basado en la autonomía nacional-cultural no es aceptable para el socialismo científico, pues se compone de comunidades nacionales culturales y prerrevolucionarias en los que conviven burguesía y proletariado. Bauer, en opinión de Stalin, olvida la base económica en la construcción de una nación. No es realista, pues, un Estado en el que conviven naciones culturales sin territorio, sino un Estado nacional compuesto por autonomías territoriales (independientemente de la nacionalidad de sus habitantes)⁴⁸ o la autodeterminación de las naciones que quieren constituir un Estado propio. Para defender su tesis, Stalin se pregunta:

¿pueden las naciones soldarse artificialmente, si la vida, si el desarrollo económico desgaja de ellas a grupos enteros y los dispersa por diversos territorios? No cabe duda de que en las primeras fases del capitalismo las naciones se cohesionan. Pero asimismo es indudable que en las fases superiores del capitalismo comienza un proceso de dispersión de las naciones, un proceso en el que se separa de las naciones toda una serie de grupos que salen a ganarse el pan y que acaban asentándose definitivamente en otros territorios del Estado. De este modo, los grupos que cambian de residencia pierden los viejos vínculos y adquieren otros nuevos en los nuevos sitios, asimilan, de generación en generación, nuevos hábitos y nuevos gustos, y, tal vez, también un nuevo idioma⁴⁹.

⁴⁷ Stalin llama a Renner “Springer”, aludiendo a uno de los pseudónimos empleados por él: Rudolf Springer.

⁴⁸ Sin llegar al Estado federal. Stalin, en *Contra el federalismo*, afirma que “la tendencia del desarrollo no es favorable a la federación, sino *contraria* a ella. La federación es una forma transitoria.

Eso no es casual, pues el desarrollo del capitalismo en sus formas superiores y, en relación con ello, la ampliación del marco del territorio económico, con su tendencia centralizadora, no exigen un Estado federal, sino un Estado unitario”. Sin embargo, el PC de Rusia aceptó el federalismo en su VII Congreso de 1919.

⁴⁹ STALIN, J.: *El marxismo...* apartado 4, “La autonomía cultural-nacional”.

Y sigue interrogándose:

¿es posible fundir en una sola unión nacional a estos grupos, disociados unos de otros? [...] ¿Sería concebible “cohesionar en una nación”, por ejemplo, a los alemanes del Báltico y a los alemanes de la Transcaucasia? Y si todo esto es inconcebible e imposible, ¿en qué se distingue, en este caso, la autonomía nacional de la utopía de los viejos nacionalistas, que se esforzaban en volver atrás el carro de la historia?⁵⁰.

En estas líneas, Stalin plantea algo muy actual. A saber: las fronteras territoriales de los Estados son claras, pero ¿cuáles son las culturales? Si “en las primeras fases del capitalismo las naciones se cohesionan”, en la actualidad la plurinacionalidad es transversal y difícil de territorializar. Stalin vaticinó, en suma, la inviabilidad del Estado plurinacional. Primero, porque asignar instituciones políticas a comunidades culturales territorialmente dispersas no parece viable. Segundo, porque la diferenciación nacional-cultural se ha territorializado sólo en parte, con lo que por un lado la propuesta de autonomía cultural de base personal del austromarxismo estaría superada. Las propuestas que se presentan de Estado plurinacional se refieren a Estados en los que supuestamente conviven naciones culturales e idiomáticas homogéneas adscritas a un territorio determinado. A partir de ahí, se pide la soberanía política para convivir en una confederación, por lo que lo se presenta como *federalismo plurinacional* no es más que una manera elegante de referirse al confederalismo⁵¹. Pero la plurinacionalidad de base cultural no es aplicable a todos los Estados en los que conviven diversas culturas que se entremezclan entre sí en un mismo territorio. Con el desarrollo socioeconómico, es cada vez más difícil que todos los habitantes de una supuesta nación compartan una misma cultura y una misma lengua. Para Stalin, las migraciones y la extensión de la lucha de clases superarían el modelo de “nación cohesionada” de la fase inicial, dando como resultado “la mezcla de nacionalidades y la unificación de los individuos en territorios cada vez más vastos”.

Lenin y Rosa Luxemburgo: la cuestión ruso-polaca.

La defensa del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades por parte de *Vladimir I. Lenin* supuso una variante en el marxismo europeo; con respecto a la defensa del Estado nacional de Kautsky, al federalismo plurinacional de los austromarxistas y, sobre todo, al clasismo de Rosa Luxemburgo. Lenin ha de preparar una revolución en un imperio que, como el austriaco, era plurinacional. Pero en un territorio enorme con una nacionalidad dominante -la rusa- el federalismo austriaco era inaplicable. En su congreso constituyente (1903), el POSDR

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ KYMLICKA, W.: *Fronteras territoriales*, Madrid, Trotta, 2006; *Estados, naciones y culturas*, Córdoba, Almuzara, 2014.

rechazó definir una propuesta específica para los casos polaco, judío, ucraniano y armenio, limitándose a aprobar un programa que preveía el “reconocimiento del derecho de autodeterminación para todos los pueblos que componen el Estado”. Se trata de una mención genérica que no plantea ni una solución federal ni la autonomía cultural contemplada por los socialdemócratas austriacos.

Lenin criticó el apoyo y la adaptación de los partidos socialistas occidentales al Estado nacional, calificándolo de “socialchovinismo” y de “oportunismo”. En su opinión, ello significaba la admisión del reformismo y del nacionalismo burgués. En cambio, el derecho de autodeterminación no es una aproximación al nacionalismo, sino una declaración contra los nacionalismos dominantes y en favor de las naciones oprimidas. Haupt la define como una declaración “negativa”, por cuanto “no comporta ningún compromiso por parte del proletariado en cuanto a sostener las reivindicaciones de una nación concreta (...), sino contra toda especie de opresión nacional”, que también existe y que la socialdemocracia debe reconocer⁵².

Para Lenin, Rusia debe pasar aún por la fase revolucionaria democrático-burguesa que instaure un sistema liberal y capitalista. En el proceso revolucionario, sería insensato e injusto no dar libertad a las nacionalidades para que decidan si incorporarse a él u optar por la independencia, ya que también han sido oprimidas por el zarismo. Sólo así el socialismo ruso conseguirá su apoyo. Lenin prevé que las dos fases revolucionarias implican también la adaptación del imperio ruso al proceso de formación de los Estados nacionales por el que ya pasó Europa a lo largo del siglo XIX. Es decir, la defensa del derecho de autodeterminación en un imperio multinacional como el ruso podía en la práctica equipararse a la de los Estados en el contexto multinacional europeo. En uno u otro caso, la libertad nacional era paso necesario para la libertad social.

Rosa Luxemburgo no lo entendió así. Su contexto la condicionaba: el Partido Socialista Polaco (PPS) reclamaba la independencia de Polonia y se convertía en la versión socialista del nacionalismo de su país. Influida por esta situación, no advertía el derecho de autodeterminación como elemento contrario a toda opresión nacional, sino como una invitación a la proliferación de nuevos nacionalismos que distraerían a la clase obrera de su objetivo central. En su cosmovisión, cualquier planteamiento de liberación nacional no era un acto de justicia histórica, sino una forma de anteponer los intereses del nacionalismo burgués a los del proletariado.

En opinión de Luxemburgo, la prioridad no era la independencia de Polonia, sino la transformación socialista de Rusia. Para ello no era necesario provocar la fase previa de revolución burguesa ni conceder la autodeterminación a las nacio-

⁵² LÖWY, M. y HAUPT, G.: *Los marxistas...*, pp. 74-75.

nes rusas, pues el imperio ya se estaba capitalizando con dinero de las potencias occidentales y ese relativo aburguesamiento del zarismo favoreció la revolución de 1905 y provocaría la siguiente. Con la revolución en marcha, sólo la autodeterminación social interesa. En su análisis, la revolución tenía que ser un proceso unitario de todos los proletariados del imperio. La industrialización de Polonia debía contribuir a crear una clase obrera consciente que se orientara hacia la revolución rusa, no hacia la independencia polaca. La autodeterminación nacional era, en su opinión, un pretexto con el que los bolcheviques introducían “la confusión entre las masas de todos los países periféricos y entregarlas a la demagogia de las clases burguesas”. Aun siendo reforzado por la paz de Brest-Likovsk, era un principio que alienta los nacionalismos divisionarios, una trampa en la que caía el bolchevismo para “llevar agua al molino de la contrarrevolución, proporcionando así una ideología apta no sólo para el sofocamiento de la revolución rusa misma, sino para la liquidación contrarrevolucionaria planificada de toda la guerra mundial”⁵³. Era, además, una fórmula falaz, pues no es posible la autodeterminación en las naciones capitalistas, sino sólo la autodeterminación personal en la nueva sociedad sin clases:

Es cierto: el socialismo concede a todo el pueblo el derecho a la independencia y a la libertad, a disponer autónomamente sobre su propio destino. Sin embargo, es una verdadera burla al socialismo poner a los actuales estados capitalistas como expresión de ese derecho de las naciones a la autodeterminación. ¿En cuál de esos estados ha decidido la nación, hasta ahora, sobre las formas y condiciones de su existencia nacional, política o social?⁵⁴.

Desde esa consideración, Luxemburgo se entrega a la tarea de relativizar el concepto, contemplándolo sólo para los Estados ya constituidos y para las clases, no las naciones: “en una sociedad de clases cada clase de la nación se “autodetermina” de manera diferente”, pues “la nación sencillamente no existe en tanto que conjunto uniforme sociopolítico”, siendo así que “para las clases burguesas la perspectiva de la libertad nacional cede absolutamente la primacía a la de la dominación de clase”⁵⁵. Luxemburgo se pregunta: “¿Acaso el principio socialista del derecho de las naciones a la autodeterminación no implica que todo pueblo tiene el deber y el derecho de defender su libertad y su independencia? Si la casa está envuelta en llamas, ¿acaso no se trata primero de apagar el fuego que de ponerse a buscar los culpables?”⁵⁶. Por ello, la única autodeterminación es la social, no la nacional; la del proletariado, pues sólo él puede crear esas naciones, sólo él puede hacer realidad el derecho de los pueblos a la autodeterminación. Al igual que to-

⁵³ LUXEMBURGO, R.: *Escritos políticos*, Barcelona, Grijalbo, 1977, p. 576.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 357.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 572.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 354.

das las demás, esta consigna del socialismo no es una santificación de lo existente, sino una guía y un acicate para la política revolucionaria, transformadora y activa del proletariado. Mientras existan estados capitalistas y, en particular, mientras la política mundial imperialista determine y configure la vida interna y externa de los estados, el derecho de autodeterminación nacional no tendrá, tanto en la paz como en la guerra, ni lo más mínimo en común con su práctica⁵⁷.

En todo caso, anteponer el interés de clase al de la nación no significa que Luxemburgo negara el carácter nacional de algunas realidades colectivas y sus aspiraciones. Pero las condicionaba a la lucha de clases, como Marx, Engels y Kautsky condicionaban la viabilidad del Estado nacional. En aparente contradicción, Luxemburgo apoyaba en cambio la lucha por la independencia de los pueblos eslavos que integraban el imperio otomano. ¿Por qué Turquía sí y Rusia no? También (lo que es una constante entre los marxistas) por razones coyunturales: porque le importaba más la transformación socialista del imperio ruso que la del otomano y porque la veía más plausible, toda vez que gracias en parte al capital extranjero, la monarquía zarista había desarrollado algunas regiones y un aparato estatal centralizado y medianamente moderno. Ni que sea de manera precaria, se daban las condiciones para una revolución a la que no había que esperar demasiado: “No hay duda de que en cuanto el absolutismo sea eliminado, Rusia [...] se convertirá con rapidez en el primer estado capitalista moderno”⁵⁸.

La situación interna del imperio otomano era más inestable por las tensiones nacionales que la hacían poco propicia para una revolución de carácter socialista. Luxemburgo veía más plausible que los propios pueblos balcánicos lucharan por su independencia. Aun a costa de parecer contradictoria, la ganancia estaba en el perjuicio para Alemania, que a través de Krupp y Deutsche Bank tenía importantes intereses económicos en Turquía en forma de concesiones de ferrocarriles, carreteras y minas, con las que controlaba la financiación de la deuda pública y la economía estatal. Por otra parte, Luxemburgo veía lógica la independencia de Serbia desde una lectura filorrusa, que es con la que analizaba la cuestión turca. Serbia no era sólo una amenaza para la unidad del imperio otomano, sino también para la estabilidad del imperio austro-húngaro, socio de Alemania. Como se puede apreciar, Luxemburgo analizaba el futuro del imperio otomano no tanto como una cuestión de principios cuanto de geopolítica. El resultado de estas posiciones marxistas más tácticas que ideológicas es un triángulo contradictorio pero interesante: Marx apoyó la independencia de Polonia y a Turquía frente a Rusia en la guerra de Crimea (1853- 56); Luxemburgo rechazaba la independencia de Polonia y apoyó la disgregación de Turquía por los pueblos eslavos, pero no la de Rusia; y Lenin apoyaba la autodeterminación de Serbia pero no la de Macedonia y Kosovo.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 358.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 314.

Kautsky y Lenin, desde puntos de vista diferentes, creían que Luxemburgo subestimaba el sentimiento nacional. Ésta, por el contrario, consideraba que las tesis de Kautsky son un “esquematismo pedante de maestro de escuela”, y relativiza la naturaleza del Estado nacional como categoría histórica⁵⁹. Para ella, no se trata más que de una construcción política al servicio de la burguesía, y el nacionalismo la “cáscara ideológica” de su dominio. La autodeterminación nacional es, en consecuencia, una concesión retórica al nacionalismo burgués. Lenin responde que su planteamiento es excesivamente abstracto, al no distinguir entre el nacionalismo de la nación opresora y el de la nación oprimida⁶⁰. Pero el punto de vista de Luxemburgo lo resume Rosdolsky:

El solo hecho de una opresión nacional no impone en absoluto a la democracia el tomar partido por la nacionalidad oprimida; ese deber no aparece más que cuando las actividades políticas de esa nacionalidad revisten un carácter revolucionario y sirven, de este modo, los intereses particulares de la democracia; de no ser así, el sedicente movimiento nacional no tendría derecho al apoyo⁶¹.

Lenin comparte la negativa del SDKP a la independencia de Polonia como táctica, pero no como principio. En su opinión, ningún socialista puede oponerse a la posibilidad –no necesariamente al hecho– de la autodeterminación de un pueblo, que luego puede o no ejercer libremente. Lenin apoya el derecho, pero el ejercicio dependerá de las circunstancias concretas. Sin embargo, sin siquiera reconocer el derecho, Lenin no tenía claro el apoyo de las nacionales rusas a la revolución. En su opinión, la verdadera unidad proletaria se basaba en la libertad nacional, no en la unidad forzada. La mejor manera de que la socialdemocracia resolviera definitivamente los efectos perniciosos del nacionalismo es reordenar el mapa plurinacional con base en la libre elección de sus habitantes para que éstos se reagruparan con espíritu internacionalista.

Para Lenin, no todos los contextos son equiparables y el marxismo debe reconocer la posibilidad de la opresión nacional, no solamente la de clase. Sin embargo, la opresión nacional también tiene un componente clasista, pues el proletariado de la nación oprimida está doblemente oprimido. Este era el caso de Irlanda, de cuya libertad Marx esperaba la iniciativa del proletariado inglés, para reconocer posteriormente que dependería únicamente del propio proletariado irlandés. Pero Lenin admitía que la burguesía dominante de una nación oprimida pudiera tener un substrato ideológico democrático, por lo que entendía lógico que, en una fase revolucionaria democrático-burguesa, el proletariado la apoyara

⁵⁹ “La guerra, la cuestión nacional y la revolución”, en *Escritos...*, pp. 595-606.

⁶⁰ LENIN, V.I.: *El derecho de las naciones a la autodeterminación* (1914), Marxists Internet Archive, 2000, www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/derech.htm

⁶¹ Pasaje citado en LÖWY, M. y HAUPT, G.: *Los marxistas...*, p. 17, de ROSDOLSKY, R.: “Engels un daas Problem der “geschichtslosen” Völker”, *Archiv für Sozialgeschichte*, IV (1964), pp. 87-282.

como en 1848. Para, una vez conquistada la independencia, reiniciar la lucha de clases interna en el nuevo Estado. En una palabra: Lenin rechaza que se pueda prejuzgar que los procesos de independencia en sí, ya fueran progresivos o regresivos, sino que dependerá de las circunstancias concretas que favorezcan a una clase o a otra. Lo que exige el materialismo es el análisis de esas circunstancias. En este sentido, señala que Luxemburgo, por no favorecer en esa fase provisional las aceptables aspiraciones de la burguesía democrática de la nación oprimida, en realidad está beneficiando los intereses de la burguesía de la nación opresora. En su opinión, el nacionalismo polaco contiene elementos democráticos aprovechables que Luxemburgo ignora, cuando en la edición polaca del Manifiesto (1892) Engels los reconoce. En consecuencia, Lenin considera que Luxemburgo, al no apoyar a la burguesía polaca, ayuda indirectamente a la élite zarista. Así, la alternativa que le plantea a la camarada polaca no es entre independencia de Polonia y revolución rusa, sino entre la independencia polaca y el mantenimiento de la opresión zarista. Para concluir: “Negar el derecho de autodeterminación, o a la separación, significa indefectiblemente, en la práctica, apoyar los privilegios de la nación dominante”.

Conclusiones

Hay un concepto de nación en Marx y Engels que, por su carácter sobrevenido, queda abierto para sus seguidores, que lo asumen de diversa manera. Inicialmente lo consideran una idealización burguesa frente a la única variable aceptable, que es la de la clase, que no puede encerrarse en el ámbito nacional como posteriormente socialdemócratas alemanes y austromarxistas.

Sin embargo, comprueban que esta categoría ideal persiste como una realidad fáctica a la que habrá que dar una respuesta satisfactoria. A partir de ahí comienza el análisis de la sociedad civil como parte de esa nación. En segundo lugar, la constatación de que la economía tiene su propia dinámica internacional pero que también se adapta al ámbito nacional como lo hará, finalmente, la lucha del proletariado.. El objetivo de la revolución mundial pasará a ser el asalto nacional al Estado, en una primera fase junto a la burguesía, para su progresiva extinción.

La dicotomía entre internacionalismo global e internacionalismo plurinacional condicionó las aportaciones marxistas posteriores. El Estado liberal constitucionalizó los derechos individuales, manteniendo la explotación económica, y nacionalizó a sus ciudadanos, incluyendo, en parte, al proletariado, que asumió a una doble identidad no inicialmente prevista por Marx: la de clase y la nacional. De ahí el reformismo de los socialismos europeos posteriores, ya adaptados a la realidad nacional en un internacionalismo plurinacional coordinado y relativamente solidario hasta 1914.

Una deficiente teoría del Estado, proponiendo de manera ambigua su “extinción” tras la dictadura del proletariado, permitió la estatalización de los diversos socialismos, que pasaron a proponer en unos casos su transformación democrática (socialdemócratas alemanes, austromarxistas), frente a los que llamaban a una revolución ya plenamente nacional (bolcheviques).